

Ricardo Grau, pintor

Es bastante inusitado que en nuestro medio se organice una exposición "retrospectiva" que abarque el desenvolvimiento, durante 30 años, de la labor de un artista aun en plena posesión de sus medios y facultades. Inconvenientes materiales habrán seguramente conspirado contra proyectos de esa especie, aunque también habrá intervenido en cierta medida el temor de los artistas mismos a arrostrar la prueba. La memoria humana es frágil y muchas famas sólo se explican por la complicitad del olvido. ¿Quién recuerda más que vagamente los cuadros que vio hace un mes o hace un año? ¿Y cómo compararlos con los del mismo autor que tuvieron éxito o ganaron vituperio hace veinte o más años y que, mientras tanto, adquiridos por coleccionistas privados u ocultos por el autor, no se hallan ya al alcance del público? Atreverse a revelar comienzos, en veces inciertos, los altibajos de la inspiración, los reflejos de obras extrañas, no es actitud que asumirían de grado muchos pintores peruanos.

Por ello es muy encomiable, tanto la aceptación y colaboración prestada por Ricardo Grau, como la organización por el Patronato de las Artes de una gran exposición retrospectiva (en el *Museo de Arte*, julio de 1967) de la obra de ese pintor peruano, nacido en Burdeos y formado en el extranjero, pero que desde su incorporación a nuestro medio, en 1937, ha sido factor y agente decisivo en la vida artística del país.

No vamos a hacer aquí de crítico o exegeta, y sólo trataremos en breves palabras de señalar lo que se nos ocurre esencial en la actuación de Grau, por su obra y su enseñanza, durante todo ese tiempo; pensamos, con casi certeza de no equivocarnos, que su hazaña principal ha consistido en batallar por que se reconocieran que los valores en que se basa la apreciación de un cuadro son los mismos que éste nos propone y no los que pretendemos añadirle con propósito anecdótico, literario o sentimental; es decir, a la pintura hay que amarla por sí misma, extraña amalgama de realidad e imaginación, objeto tan inútil y necesario como todo lo que el hombre in-

tenta para explicarse y justificarse, y que no cabe por tanto reducir a instrumento de rito, propaganda, lujo o prestigio. Y no ha sido menuda tarea difundir esta convicción entre nosotros.

Hay también dos rasgos que esta retrospectiva ha hecho resaltar y a los cuales nos contentaremos por hoy día.

Primeramente, queda la sensación como si el contraste entre el ambiente europeo de los 30 —inestable social y políticamente, bajo la terrible amenaza bélica y de la dominación fascista, pero artísticamente plétórico de las audacias y las realizaciones de los grandes maestros que hicieron de París el centro internacional de las artes— y la modorra intelectual y la ignorancia pueblerina que reinaban entonces en Lima, fue un trastorno tan considerable para Grau que sólo su dedicación y amor a la pintura pudieron mantenerlo a flote. Roto el equilibrio interno que le había permitido hacerse de un lenguaje pictórico coherente y perfectamente adaptado a sus necesidades, tuvo que esforzarse con denuedo para no dejarse arrastrar por excesos o espejismos, contrarios a su naturaleza, y que, en todo caso, le habrían servido no más que para escapar a los problemas y no para resolverlos. Aunque no podría sostenerse que en esa lucha ganó siempre la partida, hay como testimonio una cantidad apreciable de obras en que no riñen sensibilidad y conocimientos, invención y oficio; hay, sobre todo, una posesión segura conquistada desde la cual intentar nuevas incursiones y aventuras.

El otro rasgo habrá sido visible a todos los que en una u otra ocasión han estado en contacto con el pintor y su obra: no es imaginable otra ocupación en Grau que la de pintor. No sabemos en qué circunstancias, muy joven desde luego, se reconoció la vocación, pero plenamente identificado con ella, nunca la ha abandonado. Es un nuevo caso de comprobación del hermoso dicho de Klee: la pintura, más que como vocación, como destino.

[E.A.W.]